

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO III—TOMO III | San Salvador, Domingo 16 de Setiembre de 1883. | SERIE X—N. 120

CREYERON.

El Apóstol San Juan dijo con una profundidad verdaderamente divina: "la victoria que vence al mundo es nuestra fé." Basta estudiar estas palabras para comprender exactamente los efectos maravillosos de la creencia en la conducta.

El hecho es notorio: la fé ha vencido al mundo, porque el cristianismo es el reino de la fé, y el cristianismo ha cambiado la faz de la tierra. "La moral evangélica, dice Chateaubriand, razón divina, apoya á la razón humana en sus progresos hácia un término, al cual no ha llegado todavía; y el cristianismo, después de haber atravesado las edades de tinieblas y de fuerza, constituye en los pueblos modernos la perfección misma de la sociedad."

Mutación verdaderamente divina, pero inescapable sin la fé, que ha encarnado en el hombre gobernando sus sentimientos y dirigiendo su conducta.

La creencia católica no es un mero convencimiento especulativo, mucho menos una opinión: es el depósito humano de la palabra divina en toda su extensión intelectual y moral. El creyente cree para vivir de su fé, cree para asegurarse de su felicidad; cree con relación á la otra vida. Por esto la fé, considerada en toda su perfección, entraña la caridad, y por lo mismo la esperanza; por esto, cuando no se anima de la caridad, es una fé muerta. Cuando la creencia vive en el hombre, anima á todo el hombre, domina todas sus facultades, se hace visible en su pensamiento y sensible en su práctico ejercicio.

Verdad es que el hombre, sujeto al influjo de sus pasiones, está dispuesto á sufrir con demasiada frecuencia la muerte moral de su fé, y á mostrarse en su conducta inconsecuente con su creencia. Este es un hecho, un hecho de todos los siglos; pero un hecho que todavía merece ser observado. En el naufragio de la virtud no acaba la esperanza; y todos los elementos espirituales y aun esternos parece que siempre esperan en una reacción moral. Hé aquí por qué la inclinación al bien y el arrepentimiento son también contemporáneos del hombre. Lo que importa observar, pues, á este propósito, no es por cierto

si la vida moral de la fé debe ser perpetua, para que el hombre no renuncie á su esperanza; sino más bien hasta qué punto influye, para la reacción moral de la virtud en las buenas inclinaciones y el arrepentimiento, la presencia de la fé, aun cuando habiendo sufrido la muerte moral, solo tenga la vida dogmática en el alma.

Antes del cristianismo, en los pueblos gentiles, esta reacción solo contaba con las fuerzas de la naturaleza, generalmente hablando; y por lo mismo, el hombre no podía contar con una esperanza fundada, en las crisis diversas de su vida moral; pero en el cristianismo, basta creer para esperar, basta obedecer al impulso de la esperanza, y corresponderle con las fuerzas de la naturaleza, para dar á la inclinación al bien una acción maravillosa, y al arrepentimiento del mal un poder decisivo. El creyente no solo siente la presencia de la verdad, sino que cree también en la existencia y acción de la gracia. Esto le basta para buscar la segunda, y buscarla le basta para obtenerla; *porque el que pide recibe, y el que busca encuentra.* Hé aquí, pues, cómo la vida moral de la fé cuenta, no solo con un primer nacimiento, sino con una resurrección instituida en el perdón de los pecados. Resulta de lo espuesto, que la creencia entraña un doble elemento: el de la producción y el de la reacción. Con el primero, instituye las virtudes, gobernando santamente la conducta; con el segundo, reanima los cadáveres, esto es, hace aparecer de nuevo en el alma, la vida moral de la fé, con la reaparición de la caridad mediante la gracia.

Infiérese de lo dicho, que la creencia reúne cierta especie de omnipotencia moral en favor de la virtud; y esto no sucede, sino porque su existencia en el entendimiento no es la de una simple convicción; es la de toda la felicidad comprendida, esperada y amada con la doble fuerza de la gracia y de la naturaleza. Observemos ahora los prodigios de la creencia en la historia del pueblo católico. Estos prodigios brillan en todas las gerarquías de los santos, á las cuales corresponden todas las de aquellas almas justas, que, sin haber sido inscritas en el catálogo de los primeros, son objetos agradables á los ojos de Dios, venera-

bles y maravillosos á los ojos del mundo. Los apóstoles, los mártires, los confesores, los doctores, las vírgenes, &, &, presentan, como en una bella galería, todos los triunfos de la creencia en la historia de la conducta, y vienen á servir como de un desarrollo práctico al sublime pensamiento del Evangelista con que abrimos este artículo.

Doce pobres pescadores creyeron en Jesucristo y le siguieron, porque su creencia les hizo ver en él el camino, la verdad y la vida. Entonces Jesucristo los destinó para propagar la fé por todo el mundo. De hecho, apénas el Espíritu Santo descendió sobre ellos, su creencia se hizo sentir en su alma bajo el triple caracter de la luz, del amor y de la fuerza. Limitados, miserables y débiles, fueron después los de positarios y distribuidores de las eternas verdades, los maestros de la moral y las columnas sobre las cuales había de apoyarse todo el edificio de la fé. Sufrieron todos los embates con una firmeza sobrehumana; predicaban á Jesucristo con un celo divino: no los arredraba ni la inclemencia, ni la distancia, ni las dificultades; no les detenía el hambre ni la sed; no les imponía temor ni el furor de las turbas, ni el armado brazo de los tiranos. De esta suerte los apóstoles quedaron á la faz de los siglos, no solamente como los primeros heraldos del Evangelio y las primeras victimas inmoladas por los enemigos de Jesucristo, sino también como el más sublime de los Coros que habían de aparecer en el gloriosísimo panteón de los Santos. ¿Cómo explicar todo esto? - Con una sola palabra: **creyeron**; no se necesita más.

Los apóstoles dejaron en sí todos los ejemplos, todos los modelos, las esperiencias todas á los futuros adoradores de la cruz y propagadores de la palabra divina. Sigue pues á ellos el innumerable ejército de los mártires, de esos nobles y gloriosos atletas de la verdad, que convirtieron al mundo con su sangre, que introdujeron la creencia con el sacrificio de su vida, que hicieron caer pueblos enteros convertidos ante sus cadalsos, que hacían rendir cada uno de ellos con su muerte el ciento por uno al reino de Jesucristo, pues que "la sangre de los mártires, dice Tertuliano, era una semilla de cristianos". Ahora bien: ¿cómo explicar este predominio sublime sobre todos los sentimientos de la naturaleza, que anonada el temor de la muerte ante la perspectiva espiritual de los cielos, que humilla pueblos y reyes con el santo desprecio de una vida que no es la eterna, de una vida cuya pérdida deja intactos los fueros del espíritu y los últimos destinos del hombre? ¿Cómo explicar aquel santo entusiasmo que se sobreponía tantas veces á la edad y al sexo, para que los futuros siglos venerasen en las catacumbas del niño, de la tierra doncella, del robusto joven, del hombre maduro, del anciano achacoso; una fuerza que por esta universalidad con que triunfa en toda las edades y en todos los sexos, denuncia un vigor, un poder que no per-

tenece á la tierra? ¿Cómo explicar todo esto, repetimos? con una sola palabra: **creyeron**.

Pasemos ahora nuestra vista por ese pueblo innumerable compuesto de aquellos que, dejándolo todo por Jesucristo, no quisieron vivir sino para él: de aquellos que bien penetrados de la eterna verdad que creían, convirtieron su vida toda en una profesión continua y universal de su creencia, mereciendo así que la Santa Iglesia los colocase en la excelsa categoría de los confesores. Sus palabras eran un homenaje constante á su creencia; su conducta era su fé toda en movimiento y en acción: aunque no deramaron su sangre, dispuestos estuvieron á hacerlo, y muchos de ellos descendieron á la tumba con el sentimiento de no haber sido inmolados en el martirio. Consecuentes en todo al espíritu de la doctrina que profesaron, declararon abierta guerra á todas las pasiones, peleando siempre al lado de la moral: su vida es un pasmo de abnegación y de penitencia, un fenómeno si se quiere, pero inesplicable por sola la naturaleza, y cuya última razón viene á encontrarse en el poder irresistible de la gracia. Estos hombres, pasando su vida entera en los desiertos después de haber renunciado al mundo, á la comodidad, al brillo, á los placeres &, &, no piensan, no hablan, no obran, sino para dar la gloria, el honor y la alabanza constantemente á Jesucristo. ¿Cómo explicar este conjunto de maravillas que en sí contiene y encierra la vida moral de los confesores? Con una sola palabra: **creyeron**.

Entre estos figuran cubiertos de un esplendor perdurable aquellos hombres que, atesorando y distribuyendo sin cesar entre los pueblos la doctrina católica, ya sosteniendo victoriosamente ruidosas polémicas contra los herejes é impíos, ya encareciendo con la lógica más estrecha y el estilo más bello, las glorias del cristianismo, ilustraron las más graves cuestiones de la ciencia para inculcar y desenvolver sus principios. Eran el asombro de su siglo, merecieron apellidarse lumináres de la doctrina y doctores de la Iglesia; estos, volvemos á decir, constituyen por sí solos un objeto vastísimo de meditación y de estudio. Veámoslos cómo por una parte mantienen humillada la razón ante la fé, mientras por otra se encumbran á las más sublimes concepciones y adquieren en la región de la ciencia y en el poder de la razón misma, el céntuplo de lo que renuncian: haciéndose pequeños y sencillos para merecer las altas revelaciones del Hijo de Dios, y fecundándose en estas revelaciones excelsas, para dar un testimonio perdurable al poder universal de la doctrina católica. Eran talentos clarísimos, pero nunca pretendieron emancipar su razón; eran genios de primer orden, pero nunca intentaron atraer hácia su pensamiento las miradas y los tributos que buscaban tan solo para los dogmas; eran sapientísimos, pero hacían profesión de no querer saber otra cosa que á Jesucristo crucificado.

¿Cómo explicar este arcano de abnegación, la más difícil que pueda darse, la de la razón y de la inteligencia, la del talento y el genio ante los misteriosos velos de la fé? Con una sola palabra: **creyeron.**

Las vírgenes presentan un cuadro tan tierno, al mismo tiempo que tan sublime, que por sí solo basta para opacar todo el esplendor que pudieron tener los siglos anteriores al cristianismo. Desde aquellos tiempos felices en que llevaban al desierto la bella flor de la más encantadora virtud, para que creciese entre las espinas y viviese en la soledad, hasta la época presente en que los desposorios místicos de la virginidad con Jesucristo han sido elevados á una institución en que la vida monástica presenta la virginidad cultivando todas las virtudes y elevando continuamente hácia Dios el incienso de la oración en el retiro de los claustros, el alma se extasía contemplando el poder de la gracia sobre el corazón en la historia de la virginidad cristiana.

Tres cosas hay en el hombre que le arrebatan sin cesar: el instinto de la comodidad, el movimiento del albedrío y los impulsos de la naturaleza. Para renunciar á cualquiera de estas cosas, es necesario ser más que hombre. Pues bien, no los ánimos más varoniles, no los caracteres más esforzados é intrépidos, sino las tiernas vírgenes, estas creaturas delicadas, son las que presentan en un solo sacrificio el cuadro de todas las abnegaciones. Pronuncian sus votos, y á un golpe decisivo de su voluntad lo dejan todo para siempre por Jesucristo. Profesan la pobreza renunciando á todas las comodidades de la vida y cambiándolas con la mirra de la mortificación y de la penitencia: profesan el claustro, y dejan para siempre el hogar doméstico con todas sus memorias, con todos sus atractivos, con todas sus esperanzas. Profesan castidad perpetua, y en las primicias mismas de su vida, inmolan ante una cruz de madera las gracias de la edad y del sexo, las tendencias de la naturaleza, y las miradas apasionadas del mundo. Profesan la obediencia, y con esto solo renuncian á su libertad y á su albedrío; y no parece, sino que al pronunciar este voto sublime, recogen todas las fuerzas de la voluntad y de la libertad para herirlas, matarlas y sacrificarlas para siempre en el altar del Cordero. ¿Cómo explicar este sacrificio sublime, á donde no alcanzarían jamás con la suma de su poder todos los recursos de la naturaleza? ¿Con qué luz contaremos para comprender el por qué de esta inmólación heroica? Con la que despide hácia la razón católica esta sola palabra: **Creyeron.**

San Salvador, setiembre de 1883.

JUAN BÉRTIS.

SECCION MORAL.

SANTIFICACIÓN DE LAS FIESTAS.

II

Una fiesta es, en el sentido general de esta palabra, un día de alegría, un día de regocijo público, ya en honor de una persona eminente, ya en memoria de un grande acontecimiento.

Hay fiestas domésticas, civiles y religiosas: aquí hablaremos de las últimas.

Las fiestas religiosas son días especialmente consagrados al culto divino. Han sido establecidas: 1º para rendir á Dios los homenajes solemnes que le son debidos; 2º para servir al bien espiritual de los hombres; 3º para animar con santa alegría, los días de nuestra peregrinación en la tierra.

Existen las fiestas desde que hay culto público, es decir, desde el origen del género humano.

La Sagrada Escritura nos deja entrever verdaderas fiestas en las invocaciones solemnes del nombre del Señor, establecidas por Enos, viviendo todavía nuestro primer padre Adán; después, en los holocaustos ofrecidos por Noé y su familia salvados del diluvio; y por último, en los célebres sacrificios ofrecidos por Abraham y por los demás patriarcas sobre los altares que ellos mismos habian construido.

Convertida en nación la familia de los patriarcas, recibió, con la ley de Moisés, la institución de muchas fiestas solemnes. Las principales eran la Pascua y la Pentecostés, dos solemnidades que debían ser eternas, por continuarse más tarde, aunque con forma más perfecta, en la Iglesia de Jesucristo.

La Iglesia en virtud del poder que recibió de su divino Fundador para ordenar lo concerniente al culto divino, ha establecido fiestas religiosas: 1º en honor de la Santísima Trinidad; 2º en honor de nuestro Señor Jesucristo; 3º en honor de la Santísima Virgen Maria; y 4º en honor de los Angeles y de los Santos.

El fin de todas estas fiestas religiosas, es no solamente prestar á Dios y á los Santos dignos homenajes y justo reconocimiento por sus beneficios, sino también obtener su protección, regocijarse santamente á los fieles, animarlos, alimentar su piedad y su devoción, y poner vivamente ante sus ojos los misterios de la fé y los ejemplos de Jesucristo y de los Santos.

La Iglesia manda santificar lo mismo que los domingos las fiestas que son de precepto ó de obligación: por ejemplo, la de Natividad, la de Ascensión, la de Asunción, la de todos los Santos &c, que pueden caer fuera de domingo.

Además de las fiestas estrictamente obligatorias, hay otras que se llaman *fiestas suprimidas*; tales son las que en virtud de un indulto concedido por Pío VII el 9 de Abril de 1802, dejaron de ser obligatorias para Francia y Bélgica; y otras relativas á España abrogadas por Pío IX, y en las cuales continúan celebrándose como antes los divinos oficios, porque la Iglesia desea que los fieles, si pueden, asistan á ellos.

Como se ha dicho en la primera parte de este artículo, en la que hablamos de la cesación del trabajo, la santa Iglesia ordena que todos los fieles llegados á edad de la razón, no estando legítimamente impedidos, asistan cristianamente á la Misa los domingos y fiestas de precepto. Cuando no se pueda ir á la Iglesia, á causa de algún obstáculo que no impida recogerse en casa, por ejemplo, cuando hay que asistir un enfermo, con viene suplir la Misa con oraciones, uniéndonos con el sacerdote y los fieles que están en la Iglesia.

Para cumplir este precepto se necesita oír una Misa entera: y no lo cumple quien oye solo parte de ella, ó dos partes de dos misas distintas.

Parte notable de la misa se entiende, no solo por la

duración, sino por su importancia. Así por ejemplo, faltar desde el principio de la misa hasta la epístola inclusive, lo es por su duración: faltar á la consagración ó á la sumpción, lo es por su importancia.

Generalmente, están excusados de oír misa: 1.º Los enfermos ó los que asisten á un enfermo grave que no puede quedar solo. 2.º Los presos ó encarcelados. 3.º Los perseguidos que tienen necesidad de ocultarse. 4.º Los que viven distantes del lugar donde se dice la misa. 5.º Los que tienen graves y perentorias ocupaciones y no pueden dejarlas sin notable perjuicio. 6.º Los que no pueden salir de casa sin grave peligro &, &.

La Misa se ha de oír con recogimiento y atención. El que en la Iglesia se distrae voluntariamente, mostrará tener el alma disipada, y, si lejos de mostrar devoción y compostura, está de una manera poco edificante, escandalizará á los demás fieles y cometerá un gravísimo pecado de sacrilegio.

Para oír la Misa es necesario estar presente á ella física ó moralmente. Se está con presencia física, cuando se vé el altar en que se celebra y se está además dentro de la Iglesia: se está con presencia moral, cuando por no poder penetrar en la Iglesia, se oye del mejor modo posible, atendiendo á las diversas partes del sacrificio, siquiera por las acciones ó posición de los fieles.

Para asistir santamente al divino sacrificio, conviene recordar que la santa Misa es la renovación incruenta del sacrificio sangriento que Jesucristo ofreció sobre la Cruz, inmoldándose por la salvación del mundo: debemos además unirnos en intención con el sacerdote, seguir atentamente las ceremonias y avivar nuestro fervor en las más solemnes y principales.

Cuando el sacerdote llega á la Comunión, sino tenemos la felicidad de comulgar sacramentalmente, es muy santo y recomendable hacer la Comunión espiritual, que consiste en el deseo del corazón piadoso de recibir realmente el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Cuando llega este momento, debemos repetir devotamente con el sacerdote las palabras que, según el Evangelio pronunció el Centurión. *Señor, yo no soy digno de que Vos entreis en mi pobre morada; pero decid solamente una palabra, y mi alma será curada*, excitándonos al mismo tiempo á un santo y vivo deseo de recibir al Salvador en la comunión sacramental.

Durante la Misa se debe orar con recogimiento y devoción. Todas las oraciones son buenas y la Iglesia no prescribe ninguna particular para este acto. Los fieles tienen costumbre de recitar las muy bellas que se encuentran en los *Devocionarios*, destinadas para tal objeto; y también acostumbran rezar el Rosario, meditando los misterios de la sagrada pasión y muerte del Redentor, de los cuales la misa es la más augusta representación.

Se llama *Misa Parroquial*, la que el Cura de cada parroquia celebra por sus feligreses todos los días festivos en su propia Iglesia, dando en ella ordinariamente una instrucción acomodada á la capacidad y circunstancias del auditorio. Bien se comprende la utilidad de asistir á ella; empero no hay obligación precisa, y está admitido que se oiga la Misa en cualquiera otra Iglesia, sobre todo si en ella es más fácil escuchar una instrucción igualmente saludable.

Aunque la Iglesia no obliga á sus hijos á oír Misa más que los domingos y fiestas de precepto, desea sin embargo que asistan también en la semana. Nada más conforme al espíritu cristiano, que oír Misa todos los días cuando se puede, y nada atrae mejor las bendiciones de Dios sobre una familia, que el estar representada todos los días en la Misa por alguno de los miembros.

(Extractado de Schoupe.)

S. J.

SECCION DE LO INTERIOR.

El 15 de Setiembre.

Saludamos ese día, que recuerda al pueblo salvadoreño uno de los mayores beneficios que ha recibido de la Divina Providencia, que le concedió con su autonomía todos los bienes propios de los pueblos libres.

Los próceres de la independencia y nuestros mayores, deseando que el recuerdo de ese beneficio se perpetuase en la memoria de sus futuras generaciones, para que viviesen siempre en su corazón la gratitud y alabanza debidas por el al Supremo Bienhechor, fundaron la costumbre y sancionaron la ley de celebrar anualmente en todas las poblaciones de la República una fiesta nacional cívico-religiosa, en la que todas las clases de cada población tomasen parte en las justas alegrías del patriotismo y en los homenajes debidos al Ser Supremo.

Quisieron que el *Acta de la Independencia* nacional, rodeada de las autoridades y de los ciudadanos, no solo se exhibiese y fuese paseada por las calles, sino que se llevara al templo y fuera colocada al pie del altar, mientras se elevaban á Dios el divino sacrificio de alabanza y se le entonaba el himno de gratitud.

Todas las clases sociales, sin escluir á las mujeres y á los niños, á los pobres y desvalidos, pues todos tienen parte en los grandes acontecimientos sociales, escuchaban en este día en el templo la voz de la religión, que, junto con la del patriotismo, les recordaba los dos afectos más nobles del ciudadano; SU DIOS Y SU PATRIA.

Precisamente las fiestas cívico-religiosas del 15 de Setiembre fueron en otro tiempo y en todas nuestras poblaciones las fiestas más alegres, más espontáneas y más universales, porque nacían de la concurrencia de los dos sentimientos más naturales del hombre, la religión y el patriotismo.

Pero desde que, por desgracia, la *civilización moderna* ha querido levantar una muralla entre la religión y el patriotismo, desde que el *liberalismo* ha decidido que la fé no es un elemento vital de la sociedad, desde que *el nuevo derecho administrativo* se ha creído con fuerza bastante para separar lo que es inseparable, las fiestas de la *Independencia nacional* han languidecido.

El corazón encuentra en ellas un algo que les falta, una hoquedad que está vacía, un deber no satisfecho, y cuya ausencia impide la expansión que en otros tiempos produjeran.

Es que lo esencial de esas fiestas conmemorativas de un gran beneficio, es el sentimiento y la manifestación de la gratitud nacional al Supremo Bienhechor: quitando á aquellas fiestas estos elementos, se les quita su esencia: y cuando se destruye la esencia de una cosa, esa cosa degenera ó desaparece.

No puede haber efecto sin causa; y siendo la religión el fuego que enciende, que nutre y que perfecciona la llama del patriotismo, es necesario que, apagado aquel fuego sagrado, se estinga también esta llama brillante.

Uno de los motivos por que deseamos que nuestra santa religión vuelva á ser colocada en el lugar que le corresponde en nuestra sociedad, es para que vuelva á encenderse en ella aquel estinguido patriotismo, con que nuestros padres dieron vida al Salvador y esmaltaron las primeras páginas de su historia.

Rectificación.

El Señor Dr. Don Domingo Castillejo ha informa-

do á los Srs. Redactores del "Diario del Comercio," que los presbíteros se niegan á ir á confesar á los enfermos de viruela del nuevo lazareto, que se halla á cargo de dicho médico.

Este informe ha proporcionado al citado periódico la oportunidad para censurar á nuestros sacerdotes, que están, dice, muy lejos de cumplir con las obligaciones que les impone su delicado ministerio, y... la falta de caridad de parte de los que debían ejercerla en más alto grado... &c.

Como ésta es la primera vez que se hace á los sacerdotes residentes en la ciudad un cargo tan grave, ha sorprendido mucho á los que los han visto ir en estos días, no solo á donde los han llamado, sino á donde han sabido que hay enfermos aunque no los hayan llamado, como puede probarse con el testimonio de muchas familias que han sufrido en la epidemia.

No tenemos motivo para dudar de la veracidad del Sr. Dr. Castillejo, ni para suponer en él la intención de ofender gratuitamente la buena fama de los sacerdotes con un informe, que suministra amplia base á los detractores del clero para deshonrarlos dentro y fuera de la República: pero no lo creemos esento de equivocarse, como podemos equivocarnos todos.

Hemos procurado informarnos de lo que hay en eso, y hemos encontrado una especie, que bien pudo ocasionar en él una equivocación.

El Sr. Capellán del Hospital general, cuyo número de enfermos se ha aumentado mucho en estos días, ha asistido además constantemente al primer Lazareto, aunque ni siquiera se le dió aviso de haberse fundado, con lo cual ha tenido un trabajo extraordinario que ha desempeñado con caritativo y constante es-fuerzo.

Establecido un segundo lazareto en otra casa, al cuidado del Sr. Dr. Castillejo, tampoco se dió ni aun aviso al P. Capellán, y cuando lo llamaron por primera vez á asistir un enfermo, encontrándose actualmente en la asistencia de otro, manifestó; que no se creía obligado en fuerza de su empleo de Capellán á hacerse cargo de ese tercer establecimiento; que además le era materialmente imposible hacerlo del modo conveniente, sin desatender á los otros dcs, faltando á sus deberes; que creía debían llamar á los Srs. Curas, á quienes correspondía por derecho el deber de asistir á los enfermos y moribundos.

Pero como estos durante la epidemia casi no han cesado de asistir á los que los han llamado de dentro y de fuera de la ciudad, tampoco han podido servir al nuevo lazareto con la dedicación que exigen esta blecimientos de este género. Por consiguiente, el Sr. Capellán del Hospital ha ido cuantas veces le ha sido posible.

Creemos que si los que están al frente del nuevo lazareto hubieran solicitado de los Prelados un Capellán, ó siquiera hubieran solicitado á algún sacerdote particular para que se hiciese cargo de él, no se hubiera notado la falta que tanto censura el "Diario del Comercio."

De lo que hemos espuesto, á decir que los presbíteros se niegan á ir á confesar á los enfermos de viruela del nuevo lazareto, hay una gran diferencia; tan grande, que arroja una deshonra sobre todos los presbíteros de la Ciudad, aun sobre los que ni aun han sido llamados.

Velada lírico-literaria.

La Sociedad católica de Señoras de Santa Tecla celebró el domingo pasado, 9 del corriente, una Velada lírico-literaria en el salón de la Biblioteca popular de aquella ciudad, conforme á un programa que antes se había hecho circular impreso. Hubo una concurrencia muy numerosa y animada, aun de personas de esta Capital. Las piezas todas que se presentaron, así de música y can-

to, como de recitación y dramáticas, fueron escogidas y merecieron grandes aplausos.

Esta Velada se destinó á recoger limosnas para las obras de beneficencia-cristiana, á que está consagrada por su misma institución aquella piadosa Sociedad de Señoras. Se logró juntar la suma de 110 pesos, según se nos ha informado.

El salón estaba precioso y decentemente adornado.

La muy apreciable señorita Josefina Sol, fué la presidenta de la comisión encargada por la Sociedad católica para preparar y disponer la Velada, y la muy inteligente socia Doña Elijía Gonzalez, se hizo cargo de entenderse con los ensayos y preparación de los jóvenes y niñas que representaron las tres piezas dramáticas anunciadas en el programa.

Felicitemos cordialmente á las señoras y señoritas de la Sociedad católica por la caritativa empresa que han llevado á cabo con tan buen resultado á beneficio de los pobres, de los enfermos y de los huérfanos, al paso que con ella misma han proporcionado una agradable diversión á todo aquel vecindario.

Advertencia

Con el presente número 120, se termina la **X Serie de El Católico.**

Rogamos á los Señores Agentes y Suscritores, quienes renovar la suscripción para la XI, que se abrirá con el próximo número.

No queremos dejar pasar esta oportunidad para manifestar nuestra gratitud á los Señores Agentes, que tanto nos han favorecido con sus solícitos esfuerzos en la buena administración del periódico, y á los Señores Suscritores que con su deferencia, premian ampliamente los modestos artículos que les presentamos.

La Fé cristiana.

La Redacción de *El Católico* ha sido honrada por el Sr. D. Amenodoro Urdaneta con una carta fechada en Carácas el 8 de Agosto, en la cual informa acerca de la tercera edición de *La Fé cristiana*, que es el gran monumento de la religiosidad americana.

Todos los obispos y Prelados, la prensa católica, y aun aquellos periódicos que sin ser exclusivamente religiosos son entusiastas por todo lo grande, lo bueno y lo bello, han concertado sus esfuerzos en la América, para que la obra del Sr. Urdaneta alcance las proporciones correspondientes á su magnífico pensamiento.

Cual sea esta obra y cual el entusiasmo que va despertando por todas partes, se conocerá fácilmente por los dos siguientes escritos que el autor nos remitió, y que publicamos con el mayor gusto.

Esperamos que nuestra patria, cuya fé y adhesión á la Iglesia católica no son inferiores á las de ninguna de las otras secciones del continente, aceptará gustosa la invitación para tomar el puesto que le corresponde en esa gran manifestación de amor al Soberano Pontífice.

LA FÉ CRISTIANA.

TERCERA EDICION.

Pronto será un hecho real, de gloria para la Iglesia y honor para la familia cristiana, lo que en su principio fué solo un pensamiento cercado de contradicciones, pero hijo de una fé pura é incontrastable.

Gracias á los Ilustrísimos Prelados de muchos puntos de la América, que, comprendiendo un nuevo triunfo evangélico, han cooperado á él con su acción y santa autoridad, excitando á sus hijos en Jesucristo á tomar parte en esta nueva propaganda católica; gracias á notables periodistas de ambos mundos, que han dado calor y aura á mi propósito; y gra-

cias sobre todo á la Providencia, que acepta las ofrendas de la buena voluntad, mi obra se abrió camino luego de iniciada, hasta el punto de no hacerle falta mi impulso en épocas en que mis infortunios imposibilitaron mi acción; y ya dentro de poco podré presentar al Padre Santo y al mundo culto una protesta común, firmada por 80,000 personas, que van á probar una vez más la sensatez y lealtad de nuestra América que el racionalismo pretende apropiarse, al ver la indiferencia ó cobardía de muchos católicos y la culpabilidad de otros, que temen amar á Dios demasiado en perjuicio del amor que profesan á las cosas percederas. ¡Ojalá el noble ejemplo afirme la fé de los unos y anime á los otros! ¡Quiera Dios que la multiplicidad de fuerzas que le darán tantas firmas y voluntades haga patente la importancia que le aseguran periodistas americanos y españoles! ¡Ojalá mi obra traiga mucho bien á los hijos de la Iglesia y á los que están fuera de la Iglesia!

Presentar un consuelo al Padre Santo en medio de las amarguras de que lo cerca una revolución satánica; y al mismo tiempo presentar una profesión de Fé que jamás podrá salir del seno de la herejía, y que acaso ofrezca un poderoso argumento de su confusión é impotencia para ver la luz y de la indisolubilidad católica,—serán las primeras conquistas de nuestra protesta, sobre cuyos firmantes caerán la santa bendición apostólica y los bienes espirituales y eternos, que el Sumo Remunerador reserva á los hombres de buena voluntad, á los que aman y defienden á su Divino Hijo, á los que por Él no temen arrostrar las vociferaciones de los insensatos.

Según cartas de los Ilustrísimos Prelados y de los Agentes nombrados por ellos, tomarán parte en este bello concurso de pueblos católicos, los de Colombia, Ecuador, Chile, Santo Domingo, República Argentina, Méjico, Puerto Rico y otros que desean aprovechar esta oportunidad de confesar la Fé y presentar y defender las nobles ejecutorias de su Religión y de su raza.

Ya comienzo á recibir numerosas listas: y hasta Noviembre continúa la inscripción, pues motivos poderosos han impedido cerrarla antes.

La suscripción es de 4 reales adelantados.—Dirigirse á los Prelados ó á los Párrocos.

Caracas, Mayo 28 de 1883.

AMENODORO URDANETA.
Caballero de la Orden de Pío IX.

PRIMA

Para los suscritores de la 3.^a edición de "La Fé cristiana."

Un tomo que contiene todos los escritos relativos á esta obra, ya publicados en periódicos de ambos mundos, ya inéditos. Va también la lista de los Prelados y Párrocos y demás personas que han cooperado activamente al intento del autor.

AMENODORO URDANETA.

SECCION DE LO EXTERIOR.

Estados Unidos.

Según el *Guía* de 1883, la Iglesia Católica en los Estados-Unidos se compone de un Cardenal, 13 Arzobispos, 59 Obispos y 6,546 Sacerdotes. Los templos suben á 6,241; además de 1,180 capillas y 1,768 estaciones.

La población católica suma 6,832,954 habitantes y tiene 31 seminarios con 1,434 estudiantes. Hay además 81 Colegios, 579 academias y 2,491 escuelas parroquiales, á las cuales concurren 428,642 alumnos.

El número de casas de beneficencia es de 469.

Los padres jesuitas han abierto en Nueva-York al culto católico el magnífico templo de San Francisco Javier, costeadó con limosnas de los fieles. La bendición de este nobilísimo monumento ha tenido lugar por ministerio del Señor Arzobispo Coreigan de Petra, en presencia del Excelentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Nueva-York; Monseñor O' Farrell Obispo de Trenton, predicó en la fiesta un sermón elocuentísimo.

Los reverendísimos Obispos de los Estados-Unidos de América, han sido invitados por su Santidad para ir á Roma en el próximo invierno.

El objeto de esta invitación es el de reunirlos cerca del Vaticano, para estudiar el modo práctico más conveniente de reunir un Concilio Nacional de todos los Obispos y dignatarios eclesiásticos de la Unión americana del Norte y preparar las materias que se han de discutir.

En cuanto terminen los trabajos preparatorios, los reverendísimos Arzobispos darán cuenta de ellos á sus sufragáneos para que los conozcan y á su vez los examinen.

Después, en el curso del próximo año 1884, se convocará y celebrará el Concilio que será un acontecimiento de gran importancia, tanto en el orden religioso, como en el orden social, para los Estados-Unidos, y del cual se espera con fundamento que surgirá un poderoso impulso al incremento ya notabilísimo del catolicismo en la América del Norte.

El 50 aniversario de la fundación de la Sociedad de San Vicente de Paul, se ha celebrado con gran solemnidad en casi todas las ciudades de la América del Norte.

Los Obispos han asistido á las conferencias, que no solo alivian á la miseria de los pobres, sino que fomentan en todos sus miembros el amor á la Iglesia.

Se ha verificado en los Estados-Unidos la conversión del jefe de los Sioux, Sitting-Bull, que era hace poco el tenor de los Estados del Noroeste.

Lo que no han podido conseguir las armas de los soldados de la Unión, lo ha logrado un misionero católico, Sitting-Bull, refugiado en el territorio inglés, de Manitoba, ha visto allí la buena inteligencia que reinaba entre los blancos y pieles rojas, mereced á la salvadora influencia de la Religión.

Convertido aecatolicisme, ha obtenido de los Estados-Unidos para él y los suyos una amnistía, y se ha establecido en tierras que le han sido concedidas.

El convertido ha sido bautizado solemnemente por el Obispo católico de Dacotha.

Esta conversión señalará una nueva era para las misiones de aquella región de América. Se espera que á ella seguirá la de todos sus súbditos, los Sioux, que forman la tribu más poderosa y numerosa de los indios de la América del Norte.

Una ley sábia de los Estados-Unidos.

El Comité de instrucción pública de la Cámara del Estado de Nueva-York ha pedido que se dicte una ley, que imponga severas penas al que venda, preste ó dé á un menor de diez y seis años una novela, sin licencia escrita de los padres ó tutores del menor.

Este proyecto de ley revela los males que causa en los Estados-Unidos la literatura corruptora: pero al mismo tiempo, y para honor de aquella República, demuestra que los hombres políticos conocen el mal y quieren ponerle remedio.

¡Qué ejemplo tan noble y que lección tan sublime da la Gran República á las pequeñas repúblicas, que tanto blazonan de liberales.

Los Estados-Unidos, al mismo tiempo que levantan con ambas manos muy alto el pendón de toda la libertad moral, hunden muy bajo el vicio y la inmoralidad liberticidas. Otras repúblicas al contrario, dando al viento falsas libetades, encadenan la única verdadera libertad.

La Gran República entiende por libertad la libre acción para ejercer el bien, para escojer y elegir entre dos

bienes; pero nunca para hacer el mal, ó para elegir entre el bien y el mal.

Así se concilia como su legislación, al mismo tiempo que amplía tanto la libertad, reprime tanto el mal y el vicio.

Pero cuando los legisladores, confundiendo la libertad moral con la libertad física, omiten las leyes represivas, convierten la libertad en licencia y en la más triste esclavitud.

La libertad consiste, no en poder hacer lo que se quiere, sino en poder hacer lo que se debe querer.

Si el noble ejemplo de los Estados Unidos fuera imitado por las otras repúblicas de América, preservarían á la juventud de esa inmoralidad prematura con que la envenena la lectura de libros corruptores, y asegurarían para el porvenir una descendencia virtuosa y honrada.

SECCION DE VARIEDADES.

La verdadera caridad.

La caridad es uno de los sentimientos más nobles del corazón humano, que enaltece al que la ejerce sin ostentación y sin condiciones; así como pierde todo su valor y deja de ser una virtud, cuando se practica con la intención de hacer alarde de ella, ó con fines interesados.

Con este motivo vamos á referir una historieta que tuvo lugar hace mucho tiempo, pero que nó por esta razón, ha perdido su mérito de la enseñanza que contiene.

La heroína de nuestra historia es una reina, tan buena, caritativa y discreta, que con su virtud y saber honraba el trono, y con su ejemplo daba una gran lección á sus vasallos.

Ofreció esta gran reina un premio para aquel, que en el año transcurrido, hubiese hecho la mayor y más perfecta obra de caridad, conociendo que era esta una buena enseñanza práctica, al alcance de todas las inteligencias.

Cuando llegó el plazo señalado, ya estaba reunido un inmenso concurso, presidido por la reina. A su trono se acercó uno y le dijo, que había erigido en su pueblo un hermoso hospital para los pobres. El corazón de la buena reina se llenó de gozo al oír esto, y preguntó al benéfico sujeto si estaba el hospital concluido.

—Sí, señora, contestó el interrogado; solo falta poner en el frontispicio la lápida con letras de oro, en que conste en que fecha y por quien fué construido el edificio.

La soberana desencantada al oír esto, le replicó:

—Muy bien! Así vuestro amor propio quedará satisfecho, y vuestro dinero os producirá la satisfacción de saber que, por muchos siglos, vuestro nombre será pronunciado con respeto!

Luego se presentó otro, y dijo, que había hecho un cementerio en su pueblo, que carecía de él. Alegróse la virtuosa reina de tan útil y caritativa obra, y le preguntó si estaba concluido: á lo que contestó el interrogado, que sí, y que solo faltaba que concluir el hermoso mausoleo que en el centro estaba construyendo para él y su descendencia.

Dióle las gracias la reina, y ya algo disgustada, exclamó: —¡Hicisteis muy bien en eso de construir el hermoso mausoleo para vos y vuestra descendencia! Así, vuestro nombre que nadie conoce, será repetido por todos. Cuidad de que lo pongan con letras bien grandes!

En seguida se presentó una señora, que dijo, que había recojido una pobre niña huérfana que se moría de hambre, y la había criado dándole el lugar de hija, que no tenía.

—Y la tienes contigo? preguntó la reina.

—Sí, señora, contestó la interrogada; es tan dispuesta, que cuida de las cosas de la casa y me asiste á mí con esmero; por lo que la quiero tanto, que no consentiré que se case ni se separe de mí, mientras Dios me de vida.

—Ya lo creo! replicó la reina; en esa niña tienes una fiel ama de llaves, una criada de talento y no has de querer que se te vaya. Lo mismo se hace con un perro bueno ó un gato á quien se ha criado!

Estando en esto se oyó un gran ruido, y se vió que las gentes abrían paso á un hermoso niño que arrastraba tras sí á una pobre anciana de miserable aspecto, la cual hacía es-

fuerzos por deshacerse de sus manos y huir de aquel lugar tan concurrido.

—Que quiere ese niño? preguntó la reina, que no cerraba sus oídos á ninguno que deseaba hablarle.

—Quiero, contestó el niño con mucha gravedad y dulzura, presentar á vuestra majestad una persona que ha merecido el santo premio que habeis instituido para la mayor y la mejor obra de caridad.

—Y quién es? preguntó la reina.

—Es esta pobre anciana, contestó el niño.

—Señora, dijo toda cortada y confusa la anciana; nada he hecho, ni puedo hacer, porque soy una infeliz que vivo de limosnas!

—Y no obstante has merecido el premio! dijo en tono suave pero decidido, el niño.

—Pues qué ha hecho? preguntó la noble reina, que antes que todo quería ser justa.

—Me ha dado un pedazo de pán, contestó el niño.

—Ya veis, señora, exclamó apurada la anciana, ya veis, ¡un mendrugo de pán!

—Es verdad, repuso el niño, que no era más que un pedazo de pán; pero eso era lo único que esta anciana tenía, y al dármele, sabía que pasaría hambre durante todo el día. Además, ella no hizo esa obra buena para ser aplaudida; sin embargo, su pobre mendrugo salvó de la muerte á mi infeliz padre, que se moría de hambre. —¿No merece ella el premio?

—Sí, dijo la reina conmovida, ofreciéndoselo á la modesta anciana; ella es la que lo ha ganado. Su mendrugo de pán . . . vale más que los miles de pesos, que por pura ostentación, han gastado todos esos necios!

La limosna, amados niños, es una de las obras más méritorias á los ojos de Dios. Nadie se puede disculpar de no dar limosna, pues por pobre que uno sea, siempre le sobra algo que á otro le falta. No temais, pues, dar de limosna un pedazo de pan; pues por carecer de él puede morir un hombre. ¡Ya veis que se premia, no el valor que en sí tiene la limosna, sino el valor que representa para el que la dá, y la necesidad del que la recibe.

De El Mentor Ilustrado.

El cristianismo á descubierto.

Este es el título del famoso librito que se atribuye á BOULANGER, y que es uno de los más usados (sin duda por ser pequeño) para servir de vocabulario, arsenal ó repertorio, á todos los que hacen profesión de sábios á la moderna, para atacar los dogmas, la moral y las enseñanzas del cristianismo.

Y ciertamente, que para su objeto, no han podido esos señores haber hecho una mejor elección; pues que en ese librito, aunque de reducido volumen, se encierran todas las calumnias, blasfemias, injurias y sofismas, que se han discurrido y escrito contra la Religión, desde Celso y Porfirio hasta los volterrianos y enciclopedistas del siglo pasado. No tiene más que diez y seis capítulos, escritos con una audacia y una desvergüenza, solo comparables á los de sus eternos copiadores.

Este libro pernicioso, del que se han hecho, como es natural, muchas ediciones y traducciones, está bien averiguado por la crítica que no fué obra de BOULANGER, sino de los impíos D'Alembert y Diderot que, con otros de su cofradía, se propusieron consignar en él una especie de símbolo ó compendio de la impiedad, para que sirviera de manual ó de testo á los jóvenes que quisieran dedicarse á la carrera de la irreligión y de la incredulidad, haciendo de sábios sin que les cueste trabajo.

En ese librito no se toman los autores la pena de probar una sola de las proposiciones y doctrinas que contiene, sino que se espresan con un tono magistral y dogmático, tan decisivo, que espanta á los buenos,

hace reír á los eruditos y admira y cautiva á los ton-tos.

Las citas que suele á veces hacer de escritores célebres y de crédito, ó están mutiladas, ó son supuestas, ó se interpretan de una manera enteramente contraria á su sentido.

BouLANGER perteneció á la secta de los filósofos del siglo XVIII, pero no fué de sus jefes principales, ni tenía el talento y la perversidad de corazón que eran menester para escribir un libro semejante que revela, por lo demás, bastante erudición en lo que respecta á la historia de los errores.

El libro se publicó después de su muerte, en la cual dió señales de sincero arrepentimiento y penitencia cristiana.

D'Alembert y Diderot, á pesar de su manifiesta profesión de impiedad y de ateísmo, no se atrevieron á publicarle en su nombre para no comprometer tanto su reputación literaria. Por esto se valieron del nombre de un pobre muerto, que no podía reclamarles.

La última Bendición de mi Padre.

Han pasado muchos años; yo era un niño que apenas contaba cinco de edad; pero el recuerdo de aquella escena estará siempre vivo en mi mente.

Era una tarde de Otoño, lloviznosa y fría, y yo estaba sentado en un corredor junto al jardín, rodeado de mis juguetes, que en aquella edad y en aquellos momentos eran mi única ambición, mi felicidad, mi todo.

—Ven conmigo, me dijo, acercándose á mí una hermana de mi madre.

—Déjame jugar, le respondí; pero ella sin decir más nada, me tomó en sus brazos.

Yo noté en su voz un acento extraño, y vi que estaba muy pálida y que tenía lágrimas en los ojos. Yo no podía comprender qué era aquello; pero ella me conducía á toda prisa y no atendía á mis preguntas.

Entramos en el aposento de mi padre; todo estaba cerrado, apenas penetraban algunos rayos de luz por un postigo entreabierto. Había muchas personas allí; pero reinaba un silencio tan profundo como en una Iglesia.

En un extremo del aposento estaba la cama donde mi padre no se levantaba hacía mucho tiempo; apenas se podía distinguir el bulto de su cuerpo bajo las blancas y delgadas sábanas que lo cubrían: tenía su hermosa cabeza reclinada hacia atrás sobre altas y muelles almohadas; y me pareció más pálido y más triste que nunca. Mi madre estaba de pie, junto á la cabecera del lecho, y de cuando en cuando dirigía palabras cariñosas á mi padre; pero él no hablaba;—respondía solo con las miradas de sus grades y bellos ojos, que podían decirlo todo. Cada una de mis dos hermanas estaba a un lado de la cama, y tenían entre sus manos una de las de mi padre. Ellas no querían llorar; pero las lágrimas se les saltaban de los ojos.

Quando yo entré en el aposento, mi padre me vió é hizo un esfuerzo para levantar la cabeza; pero luego la dejó caer pesadamente sobre la almohada, y estendiendo su brazo me llamó hacia él. Mi tía me acercó á su lado. Entonces mi padre fijó en mí su mirada: sus ojos brillaban más que nunca, y me pareció que estaba alegre, porque se sonrió dulcemente.

Luego puso una mano sobre mi cabeza: hizo un poderoso esfuerzo para hablar, y (me acuerdo como si fuera ahora) dijo:

—*Dios te tenga bueno y te bendiga . . .*

Pero no pudo continuar; apartó de mi cabeza su mano, y levantándola en alto, hizo tres veces la señal de la Cruz, volviendo sus ojos cada vez hacia uno de sus tres hijos.

Después estrechó una mano de mi madre entre las suyas; derramó dos lágrimas, que eran las que le quedaban quizás.

Luego su mirada quedó seca é inmóvil, y se puso aun más pálido.

Los amigos separaron del lecho y sacaron del aposento á mi madre y á mis hermanas; pero me dejaron olvidado.

En seguida ví entrar un hombre, á quien acostumbrábase á llamar "padre" también: era el Sacerdote de la familia.

Se adelantó hacia la cama de mi padre; puso en su mano un cirio encendido, y comenzó á recitar con voz solemne palabras que me eran desconocidas; pero pude comprenderlo una vez que dijo:

—Hijo mío, Dios te llama, y tú vés donde está él.

—Sí, respondió mi padre, y dió un suspiro sin esfuerzo ninguno, y cerró los ojos.

El Sacerdote se arrodilló por un momento; luego se levantó, y al salir del aposento, reparó en mí y me llevó fuera.

¡Ya era yo huérfano! Y sin embargo, pocos momentos después, volví á sentarme en el corredor junto al jardín, rodeado de mis juguetes, y contento. ¡Qué feliz es uno niño!

Han pasado muchos años; pero mi consuelo en los borrascos días de la desgracia, es la fé que tuve en que Dios oirá—**LA ÚLTIMA BENDICIÓN DE MI PADRE!**

De El Mentor Ilustrado.

El Cisne y el Pato.

La Tortolilla murió en las uñas

Del cruel milano,

Y en triste nido dejó dos huevos

Abandonados,

Viólos un Cisne, y enternecido

Su blanco pecho,

Dijo:—“¡Infelices, si os falta madre,

Yo os daré amparo!”

Y recogiólos, y los condujo

Para empollarlos

A su morada de verdes cañas

Cerca del lago.

—“¡Huérfanos eríais? ¡Qué necio intento!

Le dijo un Pato,

“Esos intrusos, cuando crecidos

“Son siempre ingratos;

“Írnanse al bosque y allí arrullando

“Enamorados,

“Olvidaríanse de tus caricias

“Y de este lago;

“Déjalos, Cisne, que tus desvelos

“Tendrán mal pago.”

—“¿Dejarlos? ¡nunca! mis sentimientos

“Son más humanos:

“Cuando el Eterno me los confía,

“¿No he de salvarlos?

“¿Qué importa que ellos huyan un día

“De nuestro lado?,”

“Yo no pretendo con mis bondades

“Criar esclavos.

“Si al bosque tornan, buscando ansiosos

“Sus lares patrios;

“Si allí los miro libres, alegres

“Afortunados,

“¿Qué recompensa más dulce quiero?

“¿Qué mejor pago?

“Los beneficios ó los favores

“A Dios más gratos,

“Son solo aquellos que nada tienen

“De interesados.”

F. J. S.